

II

Venia luego à reinar sobre la tierra una nueva estación; tras de la Sierra, que con su pompa embelleció el verano, melancólico el sol, triste, se hundía, y larga noche, cual de invierno cano, en los cielos del valle se extendía.

Por bandadas los pájaros unidos, sus amorosos y desiertos nidos en medio de la selva abandonando, cruzaban por la atmósfera ligeros, el calor de los trópicos buscando én las islas do crecen los palmeros.

La cosecha riquísima del trigo quedaba de las trojes al abrigo; pero los bosques que ningún retoño

ni una yema en sus ramas conservaban, con los vientos terribles del Otoño, cual Jacob con el ángel, batallaban.

Todo en aquellos valles predecía cuándo inclemente la estación sería del invierno cruel; que trabajando con profético instinto, sus faenas aumentaba la abeja, y rebosando dejaba su panal en las colmenas.

Y el indio cazador, en la mañana, al mirar el vellón de espesa lana de los grandes rebaños de carneros, previsor anunciaba y receloso, que tras los otoñales aguaceros, el invierno sería riguroso.

Tal era del Otoño la llegada. . . . después seguía la estación llamada "el verano sin sol de Todos-Santos," por aquellos humildes labradores que celebraban con sencillos cantos sus cosechas, sus mieses y sus flores.

En el cielo purísimo y sereno
brillaba el aire trasparente, lleno
de pálidos fulgores; y el paisaje
que al pié de las montañas se miraba,
enseñaba el espléndido follaje
que nueva y dulce juventud le daba.

La paz que en germen la ventura encierra
parecía reinar sobre la tierra;
y el mar gigante, que levanta airado
su rudo oleaje rebramando á solas,
acallar parecía sossegado
el monólogo eterno de sus olas.

En suave y deliciosa melodía
dulce en el aire resonar se oía
de las tiernas palomas el arrullo,
la voz de los muchachos que jugaban,
el cantar de los gallos y el murmullo
de las aves que el cielo atravesaban;

Los árboles frondosos de los huertos
por el rocío matinal cubiertos,
ante la luz del sol, aparecían

envueltos en sus rayos, deslumbrantes,
porque ellos en sus hojas les fingían
mil coronas de trémulos diamantes;

Y el sol en las mañanas, la alta cumbre
del monte trasponiendo, con su lumbre,
tras de una gasa de oro que flotaba
cual de una casta desposada el velo,
con dulce resplandor iluminaba
la tierra, el mar, el horizonte, el cielo.

Después volvían á reinar las horas
de la paz y el descanso protectoras,
y los días de Junio calurosos
con que el verano fecundó la tierra,
huían de los cielos, presurosos
tras los picos nevados de la Sierra.

A la hora del crepúsculo, sombría,
la estrella de la tarde aparecía,
y con el paso tardo, por los valles
mirábase el ganado, caminando
entre veredas y tortuosas calles,
el dulce techo del hogar buscando.

De Evangelina la ternera hermosa,
al entrar los ganados, orgullosa
de su blancura, con la cinta al cuello
que alegre campanilla sujetaba,
y precediendo á todos jera bello
ver en las tardes si al corral entraba!

Como era entre las otras preferida,
siempre gozó de regalada vida:
pasto abundante, el agua fresca y pura.
de los más apartados manantiales,
exquisita y solícita ternura,
y cariño y cuidados maternales!

Y después del redil hasta las rejas
con el pastor llegaban las ovejas
de la orilla del mar, que en los vallados,
que á un lado de la playa se veían
del mar y sus crecientes resguardados,
pastos sabrosos encontrar solían;

Y tras de ellas mirábase afanoso,
de aquella ocupación siempre orgulloso,
la larga cola sin cesar meciendo

y altanero paseando sus miradas,
al perro fiel, entre el rebaño, siendo
pastor de las ovejas descarriadas.

Cuando el pastor cansado se durmiera,
él, el guardián de las ovejas era,
y en la noche en los bosques, cuando un daño
temiera de los lobos en acecho,
él era el protector de su rebaño,
á riesgo de su sangre y de su pecho.

Más tarde, cuando el cielo de los valles
la luna iluminaba, por las calles
los rumores pausados se escuchaban
de los carros, bajando de la loma,
que el heno verde hasta el hogar llevaban,
impregnando los aires con su aroma.

Los airosos caballos ensillados,
con brillantes arreos enjaezados,
dando la crin al viento y extendiendo
la cola, que en el aire se endereza,
alegres relinchaban, sacudiendo
como un árbol su copa, la cabeza.

En el rústico establo se miraba
la lechera afanosa, que ordeñaba
á las pacientes vacas, y se oían
de la leche los chorros espumosos
que las ubres gordísimas vertían,
caer entre las jarras rumorosos.

Y en donde quiera, en el corral cercado
y en los altos graneros, del ganado
se oían á intervalos los mugidos,
voces de niños, carcajadas, risas,
cuyos ecos llevaban confundidos
sobre sus alas las ligeras brisas.

Después quedaba todo silencioso,
como en tético y lánguido reposo;
con monótono ruido se cerraban
el corral y las puertas del granero,
y los mozos, cansados se alejaban
á cenar, á la lumbre del brasero.

Junto de la encendida chimenea,
que en esas noches el hogar recrea,
Benedicto, en su silla recostado,

miraba el humo en espiral, y el fuego
que en rojas lenguas se elevaba airado,
ora enroscarse, desasirse luego.

Tras de su silla, en el rincón oscuro,
su propia sombra, sobre el alto muro
con formas vacilantes se miraba;
ya en gigantesca progresión crecía,
ya apenas una huella dibujaba,
ya en lo oscuro la sombra se perdía.

Cuando un fulgor sobre el sillón de cuero
derramaba la lumbre del brasero
al abrasar la destrozada astilla,
hacía en la sombra aparecer risueñas
las caras que en el roble de la silla
trazó el artista rudas y pequeñas.

Y en las planchas de peltre, que bruñidas
colgaban, del armario suspendidas,
reflejaba su luz la chimenea,
como el sol se refleja en el acero
del escudo que agita en la pelea,
levantando sus brazos el guerrero.

Allí, el anciano, el tono remedando
 con que solían con acento blando
 sus padres en Borgoña y Normandía
 cantar al terminarse la faena,
 cantaba villancicos que sabía
 de la poética y dulce Noche Buena.

Y junto al padre, la madeja suelta
 del blanco lino entre la mano envuelta,
 para el telar hilando, Evangelina,
 como al son de una gaita, acompañaba
 con la cadencia de su rueca fina,
 las canciones sencillas que entonaba.

Y así como en la Iglesia, al concluirse
 á intervalos el canto y al oírse
 la voz del sacerdote, en la alta nave
 se oye su voz cual grata melodía,
 así sus cantos al concluir, suave
 la voz pausada del reloj se oía.

Así los dos en el hogar sentados
 y al amor de la lumbre bien hallados,
 estaban en la noche, cuando oyeron

detenerse unos pasos á la puerta,
 después los golpes de la aldaba, y vieron
 luego una de las hojas entreabierta.

Al oír Benedicto el paso lento
 resonar en el duro pavimento,
 que era Basilio comprendió al instante,
 quien á esas horas á su hogar llegaba,
 y ella, al sentir el pecho palpitante,
 supo quién al herrero acompañaba.

—Buena noche os dé Dios, dijo el labriego,
 aterido acercándose hasta el fuego;
 —“Que bien venido mi Basilio sea,—
 respondió Benedicto;—“amigo mío,
 “acércate á la ardiente chimenea,
 “que allí esta tu lugar sin tí vacío;

“Toma tu larga pipa de la mesa
 “y mándala á encender, que tras la espesa
 “columna de humo azul que se levanta
 “de tu pipa ó tu fragua, tu semblante
 “jovial y alegre contemplar me encanta;
 porque él siempre risueño y palpitante,

«Con tu dicha y virtud resplandeciente,
 «me recuerda la luna, que en Oriente
 «se levanta serena y magestuosa,
 «si á través se la ve de aquella niebla
 «que siempre azul, aérea y vaporosa,
 «en el invierno nuestros campos puebla.»

Entonces con sonrisa de contento
 al ocupar el señalado asiento,
 donde él solo en las noches se sentara,
 respondióle Basilio: —«Benedicto,
 «siempre he de hallarte el mismo, bien tu cara
 «muestra que áun eres á la broma adicto;

«Eres tú más que todos venturoso;
 «siempre contento estás, siempre dichoso,
 «tú el solo entre los buenos labradores;
 «mientras que hay otros que de grandes ma-
 «de ruinas, miserias y dolores, (les,
 «ven doquiera sembradas las señales.

«Tan feliz eres tú, que yo creería
 «que del suelo levantas cada día
 «una nueva herradura!» Y un momento

«detúvose á tomar la pipa humeante
 que Evangelina hacia su mismo asiento
 le llevara solícita y amante.

Después siguió diciendo tristemente:
 —«Hace ya cuatro días que allí enfrente
 «del río Gasperéau se mira anclada
 «la altiva escuadra Inglesa, sus cañones
 «terribles dirigiendo hacia la entrada
 «de aquellas indefensas poblaciones.

«¿Cuál será su designio concebido?
 «Aun no lo es de nosotros conocido;
 «mas ya la orden se dió, y en la mañana
 «todos al templo concurrir debemos,
 «do cual ley de la tierra, soberana,
 «el Real Mandato proclamar oiremos.

«Sin embargo, ¡ay de mí! ¡cuántos temores
 «abrigan hoy los pobres labradores!»
 —«Tal vez algún propósito amistoso
 «traiga esa escuadra á nuestra playa amiga —
 respondió Benedicto— «y receloso
 «no deba estar el pueblo de esa liga;

«O tal vez en el suelo de Inglaterra,
 «menos fecunda, y trabajada tierra,
 «la abundante cosecha se ha perdido,
 «como suele pasar por muchos años,
 «y con nuestros graneros han querido
 «sus hijos mantener y sus rebaños.

«Tal vez, Basilio, éste su intento sea.»
 —«Por desgracia las gentes de la aldea
 «no lo han pensado así,—dijo Basilio
 «con un aire de duda bien marcado;—
 «¿acaso Beau Séjour, que es nuestro auxilio,
 «Louisburg ó Port Royal han olvidado?

«Muchos hasta la selva, temerosos
 «se han alejado ya, y en ella ansiosos
 «su triste suerte conocer esperan;
 «sus armas y sus flechas, los guerreros
 «han presto recogido y no quisieran
 «ni aún los mazos dejar de los herreros.»

—«Más seguros estamos resguardados,
 «contestó Benedicto, en los vallados,
 «entre nuestros rebaños y trigales,

«por los diques soberbios defendidos
 «que se alzan frente al mar, que en los breñales
 «nuestros valientes padres, protegidos

«Por gigante y armada fortaleza,.....
 «Pero ninguna sombra de tristeza,
 «ningun temor, ni sobresalto ó duelo
 «en esta dulce noche, amigo mío,
 «debe empañar de nuestra dicha el cielo;
 «yo siempre espero en Dios y en él confío.

«Esta noche es la noche de las bodas
 «y arregladas están las cosas todas;
 «la casa está construida, ya el rebaño
 «se ha apartado para ellos desde Enero,
 «y con heno y con trigo para un año
 «llenos están la casa y el granero;

«El buen René Leblanc, nuestro notario,
 «debe de ser puntual cual de ordinario
 «y ya no ha de tardar con sus papeles;
 «¡no debemos nosotros, orgullosos,
 «siendo al amor de nuestros hijos fieles,
 «hoy juzgarnos, como ellos, venturosos!

En tanto Evangelina, que escuchaba
lo que su padre con Basilio hablaba,
con su mano en las manos de su amante,
que ella le abandonara cariñosa
al oír la noticia, palpitante
quedóse en la ventana y ruborosa.

Y al pronto se escuchó tras de la puerta,
que por intento se quedara abierta,
rumor acompasado, y conduciendo
el tintero y papel que eran del caso,
entró, cual de costumbre, sonriendo
René Leblanc con mesurado paso.

III

Era René Leblanc alto en extremo,
por los años doblado, como un remo
que asaz luchara con la mar bravia,
y el cabello amarillo, cuando las flojas
hebras que suaves y sedosas cria
del maíz la mazorca entre sus hojas.

Era su frente altiva y despejada
por las arrugas de la edad surcada,
y escaso de la vista usaba anteojos
sobre tosco carey mal engarzados,
á través de los cuales sus dos ojos
miraban con viveza, apasionados.

De veinte niños padre había sido
y tal del buen Leblanc hubo crecido
la prole numerosa, que contaba